

LOS LIBROS

"EL PRIMER AÑO EN LA UNIVERSIDAD"

(•First year at the University•),

por BRUCE TRUSCOT.-Faber and Faber,
Ltd. Londres, 1946.-Precio 4/6.

El autor llama a su obra «A Freshman's guide» (Guía del estudiante novicio), y es justo que consignemos que ello es una plena realidad, porque en su conjunto se trata de una explicación, amena y sencilla, de los problemas y dificultades de los jóvenes recién incorporados a las Universidades.

Estas cuestiones que surgen ante el nuevo escolar, desorientado y desanimado muchas veces antes de emprender su nuevo camino, perdiendo tiempo y dinero, tratan aquí de resolverse, para no dejarle falto de consejo y abandonado a su natural inexperiencia con la perspectiva de una carrera nueva, más o menos difícil, que emprende sin comprobar debidamente si cuadra a sus aptitudes y posibilidades. Ciertamente que esto constituye el fenómeno corriente de las Universidades y Centros superiores de casi todos los países europeos.

En Norteamérica semejantes dificultades se resolvieron por medio de los «advisers» o consejeros oficiales de la juventud universitaria. Y en el presente folleto—de unas 110 páginas—se intenta salvar el bache sustituyendo a los citados asesores y también buscando la fórmula para aliviar las dificultades de orden moral y de tipo profesional colocadas en el horizonte estudiantil. Desde lue-

go, hay que reconocer que se trata de una tarea excepcionalmente importante, resaltada en grado superlativo por tratarse de una nación que en corto período de tiempo sufrió las consecuencias de dos guerras; y no puede dudarse que los conflictos bélicos contribuyen a la creación de un ambiente poco a propósito para animar al estudio, sustituyendo los entusiasmos por los temores a las privaciones y sufrimientos.

Intenta el autor, en el primer capítulo del folleto, imbuir en el ánimo de quienes se acercan a las Universidades para iniciar los estudios una aureola de simpatía hacia los centros de enseñanza, que prive a éstos de la aparente sensación de una escuela más, pero con cierta desorganización y con un carácter impersonal y frío poco sugestivo. Para consolar y reconfortar a esos muchachos explica el autor que no llegaron a una escuela corriente, sino a instituciones dedicadas a investigaciones científicas, y que la principal tarea en ellas es, más que estudiar, inquirir, perfeccionar; cosa que las diferencia, asimismo, de la Enseñanza media.

Para dar mayor claridad a la verdadera forma de ser de las Universidades, Bruce Truscot narra amenamente la historia de ese Centro, en Inglaterra, desde el «studium generale», de la Edad Media, hasta los modernos conceptos de la investigación.

Se trata también en el trabajo de hacer conocer al estudiante la organización y cargos esenciales de las Universidades británicas, siendo su principal afán persuadir a los jóvenes a dirigirse con la mayor confianza a profesores, participándoles sus respectivas inquietudes en cuanto tenga relación con la carrera. Y es que, de modo visible, profesorado y estudiantes se habían ido alejando unos de otros, siendo el restablecimiento de los contactos de insoslayable necesidad en el orden general.

Otro consejo notable es el que aporta sobre no cargarse demasiado de conferencias y cursillos que no sean absolutamente necesarios para la formación en la carrera y repartir bien el tiempo, procurando quede alguno a efectos de buenas lecturas. Sin embargo, es un caso muy frecuente el de que estudiantes recién ingresados, sin orientación profesional o científica, comiencen a seguir cursillos, algunos de los cuales son desproporcionados y sólo indicables a los adelantados en los estudios. Naturalmente, que esto produce una reacción contraria, pues al comprender el interesado que se tratan cosas superiores a las que puede abarcar su inteli-

gencia, comienza por desalentarse y llega a abandonar la Universidad, con el sentimiento del fracaso.

Ha sido tal la frecuencia de estos casos, que llamaron la atención de catedráticos y autoridades universitarias, máxime cuando los contratiempos se produjeron en muchachos de reconocidos talento y capacidad, perdidos por esa causa para el estudio. El remedio para tal estado de cosas, según dice nuestro autor, es el restablecimiento inmediato de esa confianza y correlación entre profesorado y alumnos.

Se llama también la atención en las páginas de *El primer año en la Universidad* sobre otras equivocaciones o frecuentes faltas, que suelen rebajar el nivel de los estudios. Una muy moderna es el «desprecio a la lectura», consecuencia, tal vez, de una avalancha de obras seudocientíficas, que quitan las ganas de leer a la juventud universitaria. Otra cosa es la práctica servil de copiar lo que dicen los profesores. Esto, en los cursos, conduce al escolar a un estudio mecánico, de simple preparación para los exámenes, restándoles las iniciativas para la investigación.

Claro que, algo superficialmente, pero con buenas ideas, trata Truscot de los métodos de estudio que deben seguir los alumnos para conseguir una preparación eficiente y de mayor autoconcentración y memoria, esto es, por una organización razonable del trabajo y un reparto equitativo del tiempo. Los consejos expuestos nos parecen acertados, si bien, aun conociéndolos, los estudiantes no podrán seguirlos, influenciados por las dificultades económicas y sociales, más que por pereza, como les reprocha el autor. Los programas y las materias son demasiado extensas, y, corrientemente, el universitario, poco preparado, se hunde entre tantas exigencias de trabajo, que superan sus fuerzas físicas y mentales.

En el capítulo V, Truscot da consejos —no los repetimos porque muchos de ellos son archiconocidos— a los que han de examinarse. Defiende el sistema de exámenes, tan atacado actualmente en Inglaterra, y, además, intenta tranquilizar a quienes sienten miedo insuperable por la realización de tales pruebas.

La mejor parte del folleto la constituyen, sin duda, los consejos acerca de las lecturas y bibliotecas, con los que intenta guiar a los jóvenes hacia la Literatura y la Cultura general.

Es un trabajo amablemente escrito, que sugerirá ideas que, acaso en un futuro próximo, lleven a soluciones, tanto al propio profesorado como a los estudiantes.

“LOS ANTIGUOS SOLDADOS COMO MAESTROS”

(«Teachers from the Forces»), por M. M. LEWIS.-Londres, George G. Harrap, And Co. Ltd. 1946.

Han vuelto de la segunda guerra mundial muchos soldados con la salud quebrantada, entre los que figuran un buen porcentaje de elementos cultos, antiguos empleados de oficinas particulares y municipales, artistas en los comienzos de su carrera, gente universitaria que casi no pudo iniciar los estudios, etc., etc. Y, entre esos soldados, hubo muchos que demostraron oficialmente su deseo de dedicarse al Magisterio, entendiendo que esta carrera supone en su ejercicio menos esfuerzos y fatigas que cualquier otra.

Las autoridades británicas recibieron las sugerencias de muy diversos modos. De un lado, hay un grupo que se muestra encantado por las favorables consecuencias, pedagógicas y sociales, que ello supone: dicen que resuelve casi totalmente la carencia de maestros, y que, por otra parte, habría que esperar óptimos resultados de quienes, poseyendo méritos y habiendo permanecido en filas tres o más años, sacrificando su salud y sus horizontes de vida particular, mostraron su predilección por una profesión a la que han de llevar entusiasmo, sin que sus anhelos acarreen grandes pretensiones materiales.

Otro bloque de las autoridades citadas demuestran menos contento y respaldan su criterio citando ejemplos, en los que se mencionan los fracasos experimentados por educadores ex militares, gente nerviosa, agotada, muchas veces enferma y no pocas amargada, que ven, en definitiva, en su escaso sueldo de maestros, una pobre recompensa a los años de servicio y a la salud sacrificada. En este grupo figuran especialmente los pedagogos actuales.

También se hacen reproches, por éstos, a la poca preparación profesional que pueden aportar, significando que no han de faltar los de escasa cultura, aunque admitan que puede haber quienes la posean en grado muy alto. En esta cuestión hemos de admitir una situación media, en la que resida la verdad del problema, reconociendo que el empleo de militares en el Magisterio ofrecerá los indudables pros y contras; pero todo tendrá una nivelación adecuada en consideración a los casos particulares de cada aspirante. No obstante, sobre todo esto existe la necesidad de encontrar personal con vocación pedagógica y la precisión de ayudar a los ex combatientes. Y cabe suponer que será el grupo favorable el que vencerá en la discusión.

El presente librito de M. M. Lewis es un testimonio entusiasta de la opinión favorable. Dedicamos sus páginas a informar y comentar respecto del problema y de los cursillos que, con esa finalidad, se celebraron en el Goldsmith's College, de Londres.

Estos cursos, de duración abreviada, se dedican exclusivamente a la formación profesional de los maestros ex militares. Dicho Centro de enseñanza es una dependencia de la propia Universidad londinense, o, por expresarnos mejor, una parte orgánica de tan elevada Institución cultural. A tal punto llega su nivel pedagógico y científico, que son pocos los lugares de orientación similar que les igualen. Durante cuarenta años, el Colegio Goldsmith's se mantuvo con la Universidad, dándose la circunstancia de que sus profesores figuraron en ella como catedráticos o lectores. El conjunto de estos cursillos ha sido organizado por el autor del presente folleto, Mr. Lewis.

Pero, por tratarse en la obra que comentamos de los estudios para la capacitación de los ex combatientes, recojamos algunas de las importantes noticias que, a través de sus páginas, se desarrollan. En primer término, la noticia de que los cursillos están perfectamente calibrados, en atención a la capacidad física de los que han de someterse a ellos. Distribuidos en cuatro grupos fundamentales, el primero corresponde a los «Particular Studies» (estudios particulares), que no son otros que los de Lengua y Literatura inglesa, Historia, Geografía, Biología, Matemáticas, Música, Arte, Oficios manuales (Artesanía), Educación física, Religión. Esta última es potestativa del alumno.

Dentro del segundo ciclo de estudios se abarca el grupo de «Lenguaje y Número»; esto es, enseñanza para utilización de libros de educación personal, práctica en la expresión oral y escrita y naturaleza e importancia de los números en Pedagogía. Abarca, pues, dos partes, conforme a las denominaciones.

Encontramos en el tercer grupo los «Estudios profesionales», abarcando los que más se refieren a la Metodología y Psicología, de tipo pedagógico. Tienen también una parte de Sociología y son, además, objetivos destacables los que afectan a organización de la enseñanza, principios y bases de ésta, psicología infantil y los elementos auxiliares de la educación moderna, como radio, cinematógrafo, etc. En los estudios de Metodología se trata de su aplicación a la función educativa en lengua inglesa y Aritmética. La rama de Higiene tiene una atención particular, y no solamente en

lo que corresponde a la cuestión escolar, sino también a sus funciones para el fomento de la salud infantil, dentro de la esfera de la moderna escuela.

Por último, señalaremos que en el cuarto grupo se encuentra la práctica de enseñanza, que se ejerce por los maestros novicios, bajo la vigilancia e inspección de profesores y catedráticos.

Si comparamos este programa, compuesto con gran pericia y conocimiento de causa, con los corrientes de Instituciones similares de Inglaterra y con nuestras Escuelas Normales, no cabe duda que habrá de parecerse incompleto. Sin embargo, sentar este criterio sería cosa injusta, toda vez que los aspirantes a maestros han de asimilarla en un plazo máximo de un año, y todos los puntos y materias que se tratan sirven de base sólida para la ulterior ampliación de estudios, que fácilmente pueden continuarse.

Otro detalle curioso de estos cursillos es el asombroso aprovechamiento del tiempo. Los estudiantes del Colegio Goldsmith's tienen edades que oscilan entre los veinticuatro a los treinta y siete años.

Aunque el folleto de Mr. Lewis está escrito con cierta aridez y no descende a detalles, siempre dignos de considerar, merece la atención de los círculos pedagógicos por la importancia de su objetivo.

EL TRATAMIENTO DE LOS NIÑOS Y LA TERAPIA DEL JUEGO
(«Child Treatment and the therapy of play»), por LYDIA
JACKSON y KATHLEEN M. TODD. -Methuen y Co. Ltd.-Lon-
dres, 1946. - 8/6 d.

El problema de la infancia enferma, mental y psíquicamente, inquieta extraordinariamente en Inglaterra. Las consecuencias funestas de dos guerras mundiales y las propias circunstancias sociales, demasiado complicadas, han producido una agravación, en cantidad y calidad de casos, que obligaron a autoridades y pedagogos a prestar atención especial a la cuestión.

A estos problemas se dedica el libro que comentamos, que es, por cierto, uno de los más modernos y amenos de entre el sinfín de obras en este campo publicadas. Sus dos autoras, profesoras especializadas en la Terapia psicológica infantil, reúnen una sólida

lo que corresponde a la cuestión escolar, sino también a sus funciones para el fomento de la salud infantil, dentro de la esfera de la moderna escuela.

Por último, señalaremos que en el cuarto grupo se encuentra la práctica de enseñanza, que se ejerce por los maestros novicios, bajo la vigilancia e inspección de profesores y catedráticos.

Si comparamos este programa, compuesto con gran pericia y conocimiento de causa, con los corrientes de Instituciones similares de Inglaterra y con nuestras Escuelas Normales, no cabe duda que habrá de parecerse incompleto. Sin embargo, sentar este criterio sería cosa injusta, toda vez que los aspirantes a maestros han de asimilarla en un plazo máximo de un año, y todos los puntos y materias que se tratan sirven de base sólida para la ulterior ampliación de estudios, que fácilmente pueden continuarse.

Otro detalle curioso de estos cursillos es el asombroso aprovechamiento del tiempo. Los estudiantes del Colegio Goldsmith's tienen edades que oscilan entre los veinticuatro a los treinta y siete años.

Aunque el folleto de Mr. Lewis está escrito con cierta aridez y no descende a detalles, siempre dignos de considerar, merece la atención de los círculos pedagógicos por la importancia de su objetivo.

EL TRATAMIENTO DE LOS NIÑOS Y LA TERAPIA DEL JUEGO
(«Child Treatment and the therapy of play»), por LYDIA
JACKSON y KATHLEEN M. TODD. -Methuen y Co. Ltd.-Lon-
dres, 1946. - 8/6 d.

El problema de la infancia enferma, mental y psíquicamente, inquieta extraordinariamente en Inglaterra. Las consecuencias funestas de dos guerras mundiales y las propias circunstancias sociales, demasiado complicadas, han producido una agravación, en cantidad y calidad de casos, que obligaron a autoridades y pedagogos a prestar atención especial a la cuestión.

A estos problemas se dedica el libro que comentamos, que es, por cierto, uno de los más modernos y amenos de entre el sinfín de obras en este campo publicadas. Sus dos autoras, profesoras especializadas en la Terapia psicológica infantil, reúnen una sólida

cultura filosófica, educadora y médica, además de gran experiencia práctica. Sorprende en este libro, como en la generalidad de los de procedencia británica, un excepcional sentido práctico.

Para muchos investigadores en la materia, quizá haya algunos reparos en el conjunto de la producción. Y esto es en la aportación de pocos remedios, y en cambio hay un sinfín de hechos, de «material» y experiencias de toda índole, expuestas sin tener en cuenta la enorme complejidad de los casos y las escasas posibilidades de tratamiento. Las enfermedades mentales y psíquicas en los niños ofrecen raíces muy profundas, demasiado arraigadas en la infancia para que por un simple medio terapéutico, por muy ingenioso que fuera, pudiera curarles. En la mayor parte no existe remedio, y lo más a que puede aspirarse es a lograr el alivio de los pacientes; todo ello sin descuidar que una parte principalísima del problema estriba en la prevención y evitación.

Dos capítulos enteros del libro se dedican precisamente a ello, enfocando todo a partir de la edad adecuada en que se inician las enfermedades psíquicas, originadas por el miedo, la falta del sentido de seguridad, carencia de tranquilidad y confianza tanto en sus padres como en las personas que los tienen bajo su guarda. Con gran detalle se ocupa esta obra de presentar los casos psicológicos de padres que cometen faltas por las que luego han de resultar perjudicados los hijos.

Las dos autoras tienen una mentalidad idealista en su criterio sobre las enfermedades de este tipo en los niños. Según su concepto, aun el niño más pequeño, de pocos meses de edad, no es el *pequeño animal*, como lo consideraban durante tantos siglos, sino un ser con vida psíquica, aunque ésta sea muy primitiva y poco desarrollada.

Indudablemente que en estas condiciones se demuestra que para el infante se precisa tranquilidad, quietud, un cierto sentimiento de seguridad y defensa y la sensación de que está rodeado de cariño. Si tales cosas le faltan continuamente, por el carácter sin afecto, sin paciencia y sin equilibrio moral de los padres, y sobre todo de la madre, entonces el niño evoluciona morbosamente, tímido, desconfiado e irascible: un ser nervioso, en suma.

Millares de casos de éstos se observan en Inglaterra; y las dos autoras, como varios otros eminentes pedagogos británicos, hacen una verdadera propaganda para el cariño, hogar, escuela y com-

presión individual de casos particulares en los caracteres de los niños.

Esta nueva orientación de la pedagogía británica, que seguramente ha recogido eficaces influencias extranjeras, se abre cada día más camino, y viene a resultar una reacción al antiguo estilo del método educativo inglés, muy severo, objetivo y sin consideraciones psicológicas o individuales. Puede ser que esos procedimientos, aplicados como entonces, constituyan hoy un fracaso. Y aquí reside el esfuerzo de los mismos educadores, tratando de poner remedio a la situación y reconociendo la necesidad de la evolución.

Como se ve en los casos citados y en las consideraciones generales del libro, la guerra, con sus bombardeos, incendios y evacuaciones, ha contribuído enormemente al desarrollo de enfermedades psíquicas y nerviosas en la infancia, pues se dieron muchísimos casos en que los niños hubieron de ser confiados a personas extrañas e instituciones ajenas por completo a la cosa maternal. Ahora bien: estos casos, no obstante ser más graves, tienen tratamiento y curación más fáciles que los otros que pueden presentarse entroncados con las circunstancias familiares.

Uno de los principales objetos de este libro, como su título expresa, aunque de forma unilateral, es una pequeña investigación sobre las posibilidades de la psicoterapia en el juego. El juego, como distracción de niños y adultos, fué de siempre tema favorito de psicólogos y pedagogos. Existe una inmensa cantidad de teorías explicativas desde el punto de vista psicológico de la esencia e importancia del juego en todas las edades. Sin embargo, todas estas especulaciones e investigaciones han procurado inspiraciones a los educadores, siendo fuente de infinidad de observaciones prácticas.

Desde luego, el juego ha sido considerado como medio de tranquilizar a los niños nerviosos y psicópatas. Los relacionados con el agua y la arena son los más curativos. Claro que todo lo que ha de verificarse con cacharros, pequeños animales nadando, castillos de arena, etc., etc., necesita un campo adecuado, en este caso un jardín. Donde ello no podía realizarse se utilizaban numerosos muñecos, casitas, pequeñas ciudades de construcción para edificar; todo lo preciso, en fin, para calmar a los infantes neuróticos e insoportables.

Es algo muy interesante el hecho de que los pedagogos de tal terapia tengan mucha experiencia en el tratamiento de enfermedades, del tipo de juego preferido por los niños, y que puedan diag-

nosticar la enfermedad psíquica o nerviosa, en algunos casos mental, de los pequeños.

Otro caso particular es el de los niños «que no saben jugar» y que demuestran indiferencia absoluta por todos los procedimientos de distracción y hasta por los juguetes. Tales niños no son siempre degenerados o atrasados, sino excesivamente tímidos, dándose el caso de que esto, en algunos, sea una verdadera enfermedad psíquica, aunque curable. Suelen encontrarse en las clases pobres, y muchos de ellos, en las escuelas de párvulos, con una dirección eficaz, se hacen con el tiempo normales.

Un apartado interesante es el formado por criaturas con «manía de destrucción». Son los que acaban con todo lo que se halla a su alcance con verdadera rabia. No faltan dentro de este apartado los incurables por su origen patológico y degenerado. También en buen número de éstos la cosa no pase de ser mera transición de la evolución del carácter y de la inteligencia. Después de cierto tiempo el niño deja su manía destrozona y juega como los demás compañeros.

Las autoras no consideran que el juego de las escuelas de párvulos sea suficiente para lograr curaciones totales y hasta, en casos afortunados, conseguir las recuperaciones psíquicas. Para estos enfermos se necesita un minimum de juego en su hogar y que la madre o algún pariente alterne con ellos en la distracción. Estas dos educadoras son unas defensoras convencidas del carácter bienhechor del hogar y unas francas antimarxistas, acreditando que su libro, por propio merecimiento, es labor de dos mentes sanas y entusiastas.

En resumen: una obra cuidada, poco original, pero muy útil y amena. Una verdadera divulgación, en el mejor sentido de la palabra.

"EL CATOLICISMO Y LA CULTURA
FRENTE A LOS NUEVOS TIEMPOS",
por BONET ALBERTO, Pbro. - Barce-
lona. Editorial Barna, S. A.-190 pág. ln. 8.º

Vivimos tiempos de crisis y de balance. La ocasión es decisiva y gravemente trascendental. Acaba aquí una época, para iniciarse el despliegue de un nuevo tiempo, bajo distintos signos, con di-

nosticar la enfermedad psíquica o nerviosa, en algunos casos mental, de los pequeños.

Otro caso particular es el de los niños «que no saben jugar» y que demuestran indiferencia absoluta por todos los procedimientos de distracción y hasta por los juguetes. Tales niños no son siempre degenerados o atrasados, sino excesivamente tímidos, dándose el caso de que esto, en algunos, sea una verdadera enfermedad psíquica, aunque curable. Suelen encontrarse en las clases pobres, y muchos de ellos, en las escuelas de párvulos, con una dirección eficaz, se hacen con el tiempo normales.

Un apartado interesante es el formado por criaturas con «manía de destrucción». Son los que acaban con todo lo que se halla a su alcance con verdadera rabia. No faltan dentro de este apartado los incurables por su origen patológico y degenerado. También en buen número de éstos la cosa no pase de ser mera transición de la evolución del carácter y de la inteligencia. Después de cierto tiempo el niño deja su manía destrozona y juega como los demás compañeros.

Las autoras no consideran que el juego de las escuelas de párvulos sea suficiente para lograr curaciones totales y hasta, en casos afortunados, conseguir las recuperaciones psíquicas. Para estos enfermos se necesita un minimum de juego en su hogar y que la madre o algún pariente alterne con ellos en la distracción. Estas dos educadoras son unas defensoras convencidas del carácter bienhechor del hogar y unas francas antimarxistas, acreditando que su libro, por propio merecimiento, es labor de dos mentes sanas y entusiastas.

En resumen: una obra cuidada, poco original, pero muy útil y amena. Una verdadera divulgación, en el mejor sentido de la palabra.

"EL CATOLICISMO Y LA CULTURA
FRENTE A LOS NUEVOS TIEMPOS",
por BONET ALBERTO, Pbro. - Barce-
lona. Editorial Barna, S. A.-190 pág. ln. 8.º

Vivimos tiempos de crisis y de balance. La ocasión es decisiva y gravemente trascendental. Acaba aquí una época, para iniciarse el despliegue de un nuevo tiempo, bajo distintos signos, con di-

versa significación. Son estos instantes de una densidad histórica inigualada. Los segundos corren vertiginosos. El ritmo del acontecer se acrecienta por momentos. Lo nuevo de ayer es lo viejo de hoy. Es preciso, entonces, correr de prisa para no «envejecer» en el camino. En esta carrera, lo importante es llegar a algo, todavía desconocido, con ímpetu y fuerzas. Para ello hay que marchar, sin descansos ni altos, siempre adelante. A los lados del camino debemos dejar cuanto entorpezca y dificulte la marcha. Ha de reducirse a lo imprescindible. Todo lo que sea superfluo e innecesario no nos hace falta.

¿Cómo salvar esta coyuntura? Este es el problema que el doctor Bonet intenta plantear en la obra. La empresa puede realizarse, bien determinándose los hombres o, simplemente, andar en una dirección, bien calculando y trazando geoméricamente la trayectoria y el itinerario de la marcha. Tanto por la vía de la «acción» como por la del «intelectual», si no puede llegarse a la meta. ¿Cuál es la más rápida y expedita? El autor parece inclinarse por la de acción. «Aunque devotos de la inteligencia, somos entusiastas de las disciplinas de la acción, que, personalmente, hemos cultivado con toda intensidad durante algunos años», dice el autor en el prefacio. Pero, en último término, postula una y otra cosa: la realización de un determinado tipo de cultura, la acción y la formulación de un sistema total cultural.

En el capítulo I expone la tesis de la condicionalidad de la civilización cristiana a una alta cultura católica. Esta cultura es el punto cardinal de esa civilización. El porvenir de la cristiandad está en función de ese acervo cultural. En el ámbito de lo cultural está contenida la incógnita del futuro y, al mismo tiempo, la explicación de este momento presente, crítico y atormentado. El catolicismo, en cuanto cuerpo místico, es trascendental; trasciende esa civilización; está por encima, al venir de lo alto. Pero es también un sistema de ideas, montado en una estructura social, que no puede vivir disociado de la cultura del ambiente. En este sentido se impone el concepto de alta cultura católica, con necesidad absoluta a la conciencia del hombre actual.

En este ideal de alta cultura católica, que el autor postula, se resuelve la antinomia existente entre la Ciencia y la Teología, entre el conocimiento natural por los sentidos y la razón, y el conocimiento sobrenatural por la fe y los efectos de la gracia. Pero, además de esta característica negativa de la alta cultura católica,

se da una otra positiva: la afirmación de la cristiandad sobre bases más amplias y eficientes. Este ideal de alta cultura realizado sería entonces el argumento más contundente de la cristiandad. «La eficacia del hecho de una alta cultura —dice el Dr. Bonet— trasciende de lo puramente negativo, de la ausencia de conflictos, a una irradiación positiva de pensamiento y de vida católica. Para la masa intelectual, la cultura deja de ser motivo o pretexto de negación o de duda, y la fe se convierte en el elemento más noble de la cultura integral, en el conocimiento de la ciencia. La masa siente esto confusamente y, en consecuencia, adopta, frente a las enseñanzas de la Iglesia, una actitud de docilidad intelectual y, cosa no menos importante, de docilidad moral.»

El autor cree plenamente en la eficacia de este argumento «ad hominem», relativo, condicionado. No participamos nosotros de tal creencia. Tal argumento tendría, a lo más, validez en el plano de la razón práctica, no en el de la teórica. No se mide la fuerza de un argumento por el número de inteligencias de un cierto nivel de mentalidad, sino por la conexión ideal de sus premisas y la fundamentación de sus conclusiones.

Esta conclusión a que ha llegado el Dr. Bonet arranca de una hipótesis histórica establecida líneas antes. Cree el autor que «si hoy el problema (de la oposición de la Ciencia y de la Fe) no se presenta con la vieja y lacerante acrimonia, y en los ambientes europeos no desentona, como hace medio siglo, el llamarse católico, se debe, más que a escritos y discursos polémicos, a las grandes figuras de Pasteur, Brauley y tantos otros, que, proclamándose católicos, y aun gloriándose de serlo, llegaron, con todo, a conquistar un sentimiento universal de admiración como auténticas cumbres del mundo de la Ciencia». No nos parece tan simple la cuestión. Si hoy es patente una agudización del sentido religioso en las minorías, ésta viene determinada por un cúmulo de circunstancias adversas y azarosas que delimitan el marco de nuestra época. Por otra parte, esta mayor sensibilidad es paralela a un creciente y progresivo desatamiento de toda norma y de todo dogma por parte de las masas, patente ayer, y aún hoy todavía en algunos pueblos, en persecuciones y asesinatos, manifiesto en la actualidad en la más total y universal falta de ejemplaridad y dignidad. En nuestro estudio sobre *La cristiandad de mañana* hemos analizado extensamente este problema.

Vuelve el autor a insistir, en el capítulo III, en el interés

que en nuestros días presta la Iglesia al desarrollo y cultivo de la Ciencia. La cristiandad no podrá desplegar una esplendente civilización católica sin la contribución de una alta cultura católica. Pretender alcanzar esta meta por el camino de la simple moralidad, o por la vía de la fuerza, nos aparta de los objetivos. Este clima de alta cultura es producto de la acción conjunta de la Iglesia y de los católicos.

Marginalmente a las consideraciones que viene desenvolviendo, el Dr. Bonet pasa revista a las notas que caracterizan la postguerra, señalando la trayectoria de esta época atormentada que vivimos. La revisión total de los valores de la postguerra le lleva a fijar la posición de la Iglesia en el centro de las controversias e inquietudes del mañana. «El Catolicismo ha de salvar al mundo, conquistándolo con la caridad y con la cultura.» Tal vez más con la caridad que con la cultura, diríamos nosotros. En último término, todo se reduce a un problema de ejemplaridad, de moralidad, de justicia individual y social.

El instrumento para la realización de ese ideal de alta cultura es, según el autor, la Universidad Católica. Recoge y adopta a este respecto la fórmula definidora del Cardenal Mercier: «Lo que la Universidad realiza en el mundo profano, la Universidad Católica está llamada a realizarlo en la sociedad de los creyentes.» En el caso de los pueblos occidentales cristianos, difícilmente va a ser posible precisar los ámbitos del «mundo profano» y de la «sociedad de creyentes». La materia es la misma. Se trata de una misma sociedad de cristianos, sólo diferenciada formalmente. La Universidad Católica —dice el Dr. Bonet— «debe tender a ensanchar progresivamente el área de la sociedad católica hasta identificarla con la sociedad civil». Esta identificación suponemos que llevará implícita la intersección y la regularización de la esfera estatal en función de la esfera religiosa, todo ello pleno de sentido dentro de un régimen teocrático e intervencionista. El Padre Peiró, S. J., consciente de este grave peligro, ha combatido el ideal de la Universidad Católica en lo que respecta a España.

El libro termina con dos trabajos sobre la contribución del pensamiento español a la idea de la libertad al comienzo de la Edad Moderna y la crisis de la alta cultura católica española en la preguerra.

"PRUEBAS DE INTELIGENCIA PARA NIÑOS"

(«Tests for young children»), por C. W. VALENTINE.

Londres, Methuen & Co.-1944.

En la pedagogía inglesa, el método de los tests, más que un mero procedimiento, es una orientación de toda esa ciencia; una de las corrientes dominantes en la cuestión de las pruebas, y que parecía haber llegado a un punto culminante, desde el que se iniciaba el declive. Pero, aun pasado de moda, el procedimiento continúa influyendo como un factor importante en la metodología pedagógica, si bien no faltaron educadores que lamentaron la excesiva frecuencia de su aplicación, que resultaba, en bastantes casos, totalmente ineficaz a los fines perseguidos.

Los tests o pruebas sirven para juzgar la inteligencia general de los niños o sus aptitudes para una determinada especialidad. Incluso, en dudas sobre concepción de normalidad o anormalidad se utilizaban; práctica que fué extendida a toda clase de exámenes y pruebas de aptitud.

El libro presente, de que es autor Mr. Valentine, catedrático de Educación en la Universidad de Birmingham, se ocupa de los tests utilizables en criaturas de año y medio a once, si bien con el margen de que los primeros pueden ser aplicados a los niños de dos años, y los últimos hasta los de siete y ocho, siempre que reúnan la condición de ser inteligentes y despiertos.

Nuestro autor, que es un gran perito en la materia, eligió una colección siguiendo dos principios. En primer término, la sencillez, o sea tests fáciles de empleo, pues, excepto en contados casos, no requieren aparato especial alguno, pudiendo confeccionarse los juegos en casa y en las mismas escuelas. Pero esta simplicidad no les resta valor e importancia en el campo pedagógico.

La aplicación de pruebas de este tipo, a base de aparatos especiales, complicaba extraordinariamente la cuestión. En primer término, los utensilios resultaban extraordinariamente caros, y en segundo lugar, los propios maestros habían de ser «pedagogos».

Como segunda parte de la exposición encontramos en el libro objeto de esta crítica un número extraordinariamente amplio. Aquí podemos decir que radica el verdadero mérito del trabajo, y a destacar lo vamos a disponernos. El conocido método de Binet, valga el ejemplo, aplicaba cinco o seis tests distintos para cada año del niño, en tanto que Mr. Valentine propone por cada edad de ocho a diez. Para salvar, pues, esas diferencias en el material de prue-

bas, el autor del librito ha reunido lo más destacable de cinco colecciones ya conocidas, haciéndoles la adición de nuevos tests por él inventados y aceptados después de haber obtenido satisfactorios resultados.

Según su finalidad, los tests son, naturalmente, de varios tipos. Los de cultura general acostumbran a referirse a capacidad, talento o disposiciones especiales. El fracaso de los niños en alguno de los tests prescritos en esta rama, no indica, ni mucho menos, falta de inteligencia en la gradación marcada. Además, en los correspondientes a criaturas entre dos y tres años hay que considerar una inseguridad cierta, pues los desarrollos de las inteligencias no pueden ser verificados en progresión con los años.

El autor recomienda, y en esto consiste su método personal, probar en cada niño un gran número de tests, especialmente cuando se trata de muchachos de tres a siete años. De esta forma, el observador puede percibir los caracteres y temperamentos de cada cual, que en ese período tiene una importancia mucho mayor que la propia inteligencia general.

Otra observación de Mr. Valentine gira sobre la imposibilidad de eliminar en pequeños de dos a cinco años determinados factores sociales. Según las investigaciones esencialmente prácticas del autor sobre el carácter de los niños, deben comprobarse cualidades como la obediencia, disposición al trabajo, timidez, tranquilidad, impaciencia e inconstancia; procedimiento de examen éste que ha dado mucho mejor resultado que lo referido exclusivamente a la investigación de las dotes de inteligencia.

La mayor importancia de los tests y su mejor aplicación práctica se encuentra entre los tres y siete años, cerca de los retrasados. Niños éstos de un nivel de inteligencia sumamente bajo, pero no degenerado o anormal. Estas criaturas, por su condición, siguen con gran dificultad el curso o marcha normal de la enseñanza, y, debido a la necesidad de que el maestro dedique a ellos atención preferente, obligan a retrasar a los demás que forman el conjunto de educandos.

Ordinariamente, tales niños suelen ser separados en clases particulares. Un caso más grave es el de los mentalmente deficientes, más o menos degenerados, que tienen que estar separados en clases distintas y, preferentemente, en escuelas especiales e independientes, especializadas para tales casos.

Para poder establecer los criterios en todos estos casos, el profe-

sor Valentine formula con mucha claridad los principios e ideas que conviene a los maestros observar, con el fin de cumplir justa y adecuadamente con tan difíciles tareas. En unas cincuenta páginas ofrece una colección de unos 66 tests diferentes, muy bien combinados, experimentados y acertados. Ninguno de los dichos tests necesitan de aparatos especiales, y por medio de papel corriente, cartón, lapicero y tijeras, todos los maestros, siguiendo fielmente las prescripciones del autor, pueden proceder a la realización del plan.

Va el texto acompañado de dibujos, que han de servir de ilustraciones a los tests. También, en determinados casos, se incluyen estadísticas.

Para finalizar el comentario: «Pruebas de inteligencia para niños» es un librito que, por la claridad del estilo, por su sencillez y su gran valor metodológico, puede ser conveniente a los maestros en general para ayudarles en el conocimiento verdadero, mental y psicológico de sus alumnos.